

# Crónica de una desintegración

*Jan Patula*

Antal, Edit, *Crónica de una desintegración*,  
Facultad de Ciencias Políticas y Socia-  
les, UNAM, 1994, 289 pp.

---

**E**l título de la obra de Edit Antal es muy modesto y podría desorientar al futuro lector. Crónica presupone el mero registro de acontecimientos en el orden cronológico en el cual apenas se vislumbra la escala de importancia de los hechos acaecidos. No en balde se considera a la crónica el primer género historiográfico; surgió mucho antes del nacimiento de las ciencias históricas.

El objetivo del trabajo de Edit Antal es mucho más vasto y consiste en explicar el por qué y el cómo se desintegró la Unión Soviética, glorificada durante décadas como "unión libre de los pueblos liberados". La autora está consciente de que ni el imperio ruso ni la URSS —que había heredado, no

sin recurrir a la fuerza, el territorio del imperio de los Romanov— puedan considerarse como un imperio colonial común en el sentido clásico de la palabra. Rusia, y posteriormente la Unión Soviética, constituyeron una unidad geográfica, a diferencia de otros imperios de la época moderna: español, portugués, inglés, francés, holandés, etc., que fueron imperios marítimos, con vastas posesiones territoriales separadas de la metrópoli por océanos y mares. Hay estudiosos que ven similitudes entre el imperio ruso-soviético y el de los Estados Unidos, precisamente en cuanto al carácter territorial, la expansión por tierra. Pero se trata de una semejanza que a primera vista pasa por alto pro-



**IZTAPALAPA 34**

JULIO-DICIEMBRE DE 1994, pp. 189-192

blemas de colonización, poblamiento, estructura organizativa y la ideología, que en el caso de la URSS adquirió una importancia crucial en la cimentación y el mantenimiento del Estado soviético.

E. Antal ubica el proceso de desintegración de la antigua Unión Soviética a partir del arribo al poder de Gorbachov y su ambicioso programa de reformas mejor conocido por un vocablo en ruso: *perestroika*, aunque en numerosas ocasiones hace referencias históricas a los hechos mucho más anteriores en lo que respecta al pasado histórico de los pueblos, sus relaciones con los demás grupos étnicos y principalmente con los rusos. Advierte, al mismo tiempo, que la erosión del sistema empezó en los tiempos de Brejnev, cuando se había observado el estancamiento económico, aunado a la falta de un vigoroso liderazgo político y la esclerosis ideológica.

Lo particular de la *perestroika* radicó —a diferencia de otros intentos reformistas en el pasado— en la combinación y la tensión entre impulsos de transformar el sistema desde arriba y la participación de la población. Esta participación no fue una dádiva del grupo dirigente alrededor de Gorbachov, sino derivó de un profundo convencimiento de éste de que la transformación del sistema, de hacerlo más eficiente económicamente, de disminuir la fosa que se ensanchaba cada vez más entre los países capitalistas altamente desarrollados y la URSS con respecto a la tecnología de punta, de elevar el nivel de vida de la sociedad, no podrían lograrse sin la participación activa de la población. Tanto, que se evidenció la fuerte oposición de la *nomenklatura*, la burocracia soviética, a los cambios promovidos desde arriba, a pesar de la remoción de altos cuadros en el partido, el

gobierno central y los republicanos. Gorbachov y sus asesores entendieron pronto que la participación de la población en la reforma radical del sistema era imprescindible; de ahí la invitación a la sociedad a tomar parte activa en la "revolución desde arriba"; así calificó el propio Gorbachov a la *perestroika*.

En el análisis que hace Antal de los cinco años de reformas gorbachovianas resaltan incongruencias, frenos y aceleraciones, lo que sólo comprueba la complejidad e imposibilidad de reformar el sistema comunista. Antal logra unificar las acciones e intenciones de Gorbachov con la inercia del sistema y su progresiva descomposición. En el duelo que libraron el secretario general del PCUS y Yeltsin, la autora ve en ambos dirigentes la similitud de las metas, pero observa, con razón, las diferencias de enfoques, el mayor radicalismo y la necesidad de acelerar el curso de las reformas promovidos por Yeltsin. La nueva coyuntura económica y los enormes desafíos relacionados con la transformación del sistema provocaron divisiones inocultables en el seno del partido comunista soviético, al grado que éste resultó incapaz de liderar los cambios. La oposición entre los llamados reformadores —que ellos mismos se denominaron demócratas—, las fuerzas conservadoras en el partido y la administración estatal ahondó la crisis en todos sentidos. El viejo sistema dejó de funcionar y el nuevo —la economía del mercado y el régimen democrático— aún no nacía.

En esta situación altamente peligrosa se produjo el golpe de agosto de 1991, instrumentado por los *aparatchiks* para salvar al *ancieen regime*. A partir de este momento los acontecimientos tomaron su curso inexorable hacia la desintegración. Ello se debió

—como apunta Antal— a que se fundaron los últimos plomos del sistema: "Precisamente en ese lugar, y en ese momento, frente a los ojos de los soviéticos, se vino abajo el viejo orden comunista de una vez y para siempre. De allí en adelante, el imperio que descansaba sobre dos pilares: la fuerza y la ideología, se desmoronó con suma facilidad". Justamente, el golpe, o mejor dicho la intentona golpista, desacreditó no solamente a los putschistas sino a todo el sistema por su incapacidad de usar la fuerza para buscar por esa vía un retroceso al régimen de mando y obediencia. La ideología comunista se había evaporado mucho más antes gracias a la *glasnost*, la transparencia informativa que había descubierto la falsa ilusión del sistema soviético. En palabras de la autora, "la visión mesiánica del comunismo, portador de un Nuevo Orden Mundial, el reino de la igualdad, la justicia social y la solidaridad".

Pero también la *glasnot* permitió ventilar los anhelos independistas de los pueblos constitutivos de la Unión Soviética. Aquí también la autora pone el dedo sobre la llaga al enfatizar:

La ficción del *sovietski narod* (pueblo soviético) bien definida por los etnólogos soviéticos, sólo resultaba hasta cierto punto real para una parte de la población educada en las grandes ciudades, pero fue desmentida por las llamadas *nacionalidades*, los habitantes no rusos de la periferia, y no sólo por la población rural relativamente apartada de la experiencia soviética sino incluso por la mayoría de los intelectuales.

Al analizar el problema nacional la autora divide por razones didácticas la temática en cuatro grandes

bloques: las repúblicas bálticas, los pueblos musulmanes de Asia central, la torre de Babel del Cáucaso y los países eslavos que agrupan a la Federación Rusa, Belorrus y Ucrania. Esta división se justifica plenamente por las diferencias raciales, culturales, políticas, religiosas y hasta de diferentes niveles de conciencia nacional e histórica de cada uno de esos grandes conglomerados. También es digno de subrayarse el hecho de que Gorbachov nunca entendiera cabalmente el problema nacional; intentó repetir las recetas de Lenin de otra época, y recrear un nuevo pacto federativo. En todo caso actuó tardíamente, siempre a la zaga de los acontecimientos. Esto se hizo particularmente visible con respecto a los pueblos bálticos sojuzgados e incorporados por la fuerza por segunda vez en 1940 gracias al pacto Hitler-Stalin. Tal como lo señalaron muchos analistas extranjeros, mantener en las mismas condiciones a esos tres países bálticos, con una viva conciencia histórica, de independencia estatal, de todos los agravios sufridos de manos soviéticas, era literalmente imposible.

El acta de disolución de la Unión Soviética firmada por los mandatarios de Rusia, Belorrus y Ucrania selló el destino de la URSS y del propio Gorbachov, presidente de un Estado que dejó de existir. La autora explica las razones de esta histórica cumbre de los tres presidentes más influyentes y poderosos de la antigua federación por el peso predominante de las tres repúblicas en cuanto al potencial económico, el territorio y el número de habitantes. Particularmente la Federación Rusa, según los cuadros presentes en el libro, predominó sobre otras repúblicas; de hecho fue el único país que tenía superávit en el comercio interrepublicano, es decir, que las demás

repúblicas dependían en mayor o menor grado de Rusia. Los datos estadísticos incluidos en las páginas 172, 173, 174, 175 son el fundamento económico de la nueva toma de conciencia entre las nuevas élites políticas rusas acerca de la conveniencia de la disolución. Pero por otro lado siento, y esa sería mi crítica, que Antal no se detuvo en ese despertar nacional ruso, presidido por el mismo Yeltsin. Él y su heterogénea alianza, la Rusa Democrática, entendieron a tiempo el impulso nacionalista a lo largo y ancho de la Unión Soviética. A principio, en Rusia los sentimientos nacionalistas los cultivaron agrupaciones choauvinistas, xenóforas al estilo de *Pamiat*. Yeltsin y su grupo lograron canalizar los anhelos independentistas rusos, al ofrecerse como defensores de

los intereses genuinos de la Federación Rusa, también víctima del poder soviético. De ahí en adelante sólo faltaba encontrar una oportunidad de tomar la decisión. La intentona golpista le dio esta oportunidad, tal como lo hemos enfatizado anteriormente.

En síntesis, el libro de Edit Antal es un excelente estudio de problemas étnicos en la desaparecida Unión Soviética, concebido de manera muy didáctica y escrito en el lenguaje claro y preciso. Una gran cantidad de mapas, cuadros y gráficas facilitan la comprensión al lector poco familiarizado con la temática soviética y rusa. Para cualquiera que desee hablar de la desintegración de la URSS es un libro imprescindible.